

La visión femenina de la vida religiosa apostólica

Klara Sietmann MSC, Presidenta de la UISG, Roma

Como mujeres consagradas acogemos este Sínodo con actitud de apertura al Espíritu y prontitud de escucha recíproca. Ofrecemos nuestra visión y experiencia de la vida religiosa apostólica femenina. La enfocamos desde la perspectiva holística, basada en nuestros dones característicos de percepción, intuición y sensibilidad femeninas.

En unión con toda la Iglesia queremos profundizar el misterio la comunión y la misión de la Iglesia, buscando una mejor comprensión de la amplitud y profundidad del proyecto del Señor, que enriquece y orienta a su pueblo con los dones y los carismas de la vida consagrada (cf Inst. Lab. 2).

Con sinceridad evaluamos nuestra experiencia postconciliar de religiosas de vida apostólica, viendo con honestidad las luces y la sombras de nuestro caminar con el pueblo de Dios.

Percibimos cierta falta de comprensión y de aprecio justo de la vida religiosa apostólica femenina, la cual es considerada muchas veces como una derivación de la vida monástica. De acuerdo a la índole característica de nuestro carismas, encontramos el núcleo de nuestra consagración religiosa en la participación activa en la misión de Cristo, la cual se prolonga en nuestro mundo de hoy, por medio de la Iglesia, quien es misionera por su propia naturaleza (cf Inst. Lab. 61).

Vivimos intensamente el encuentro con la Palabra de Dios que nos cuestiona e inspira. El ofrecimiento del agua viva de Jesús a la mujer samaritana señala nuestra participación como mujeres en la obra de salvación. Nos pide una actitud de conversión, permitiendo al Espíritu Santo transformarnos en portadoras de la vida nueva en plenitud (cf Jn. 4,1-43)

El don gratuito de nuestro carisma con su dinamismo misionero nos urge y capacita para hacer visibles, por nuestro ser femenino, rasgos característicos del rostro de Dios y a contribuir a una más plena realización de la múltiple riqueza del misterio de salvación, en todas las dimensiones humanas (cf In. Lab. 61). Esperamos que este protagonismo de las mujeres consagradas sea apreciado en su dimensión verdadera, única y equivalente, como enriquecimiento de la comunión

eclesial y como aporte insustituible al dinamismo apostólico del pueblo de Dios (cf Inst. Lab. 88)

El constante esfuerzo de volver a las fuentes del carisma fundacional determina la manera peculiar con que cada comunidad religiosa enfoca su compromiso de misión desde la consagración. Hace falta más diálogo sobre esta dimensión de la vida consagrada para evitar tensiones y problemas en el seno de la Iglesia, y especialmente con la jerarquía, los cuales surgen cuando se resalta demasiado el aspecto utilitario de la vida religiosa apostólica (cf In. Lab 40)

Constatamos que la experiencia de Dios, tal como es percibida y vivida por mujeres en la historia de la salvación y en la vida de la Iglesia, no viene reconocida adecuadamente, ni encuentra canales apropiados de expresión. Vemos la urgente necesidad de que la mujer consagrada pueda proclamar desde su percepción femenina la riqueza de su visión de Dios, participar más amplia y eficazmente en el campo de la espiritualidad y de la teología, donde no se le ofrece la debida acogida, ni tampoco adecuadas y equivalentes posibilidades de integración.

Con las mujeres del Evangelio que acompañan a Jesús (Lc 8,1-3) aprendemos de él cómo realizar nuestra misión, lo cual abarca todo nuestro ser y hacer. Nos exige desarrollar toda nuestra capacidad de creatividad y de audacia en el esfuerzo por construir un mundo más humano, según el plan amoroso de Dios, (cf In. La. 17) pero es urgente que se reconozca con mayor decisión el papel de la mujer consagrada. La experiencia nos enseña que existe una dicotomía entre ciertas declaraciones oficiales de la Iglesia y la práctica concreta en la vida, ya que las mujeres están lejos aún de una inserción eclesial plena (cf In. La. 88).

Como María Magdalena, la primera enviada para anunciar lo que ha visto en el camino, muchas mujeres consagradas se sienten impulsadas a proclamar la Vida Nueva, aceptando el riesgo de las contradicciones, del rechazo, de la incompreensión (cf Jn. 20, 11-18) Venciendo el miedo y otros obstáculos se hacen testigos privilegiadas del Salvador, señalando los signos de Vida y de Esperanza en medio de un mundo de violencia y de muerte.

Esperamos de este sínodo impulsos nuevos, que animen a las mujeres consagradas a asumir todas sus responsabilidades en la sociedad y en la Iglesia.

Que se promueva una actitud de discernimiento y de diálogo permanentes entre jerarquía, religiosos y pueblo de Dios, para favorecer la presencia equitativa y efectiva de las mujeres consagradas en funciones pastorales, empeños y cargos dentro de la Iglesia, incluso a nivel de planificación y de toma de decisiones, tanto a nivel local como universal, hasta en los organismos oficiales de la Iglesia.